

LECCIONES DE GRODDECK.

Peter L. Rudnytsky

“¿Dónde voy a comenzar?
¿Dónde terminar? Mi infancia se despierta,
y algo dentro de mí está llorando”.
-*El Libro del Ello*, Carta 24

Cuando nos congregamos en este simposio para celebrar el 150º aniversario del nacimiento de Georg Groddeck, solo podía imaginarme que él podría sentirse de hecho “más grandioso que cualquier monarca, y dichosamente feliz” al saber que es para nosotros “el señor de la tierra” (1925, pp. 18, 13) no solo por veinticuatro horas, sino por tres días y porque su memoria había perdurado hasta el siglo veintiuno. De acuerdo con el propio recordatorio de Groddeck (1923) de que “todas las cosas tienen dos lados, así que siempre podemos considerar esos dos lados” (p. 275), así como con la observación de Wolfgang Martynkewicz (1997) de que “cada cumpleaños es también para Groddeck, una fantasía retrospectiva de un pasado, de un paraíso perdido” (página 32), creo que nuestra celebración podría estar teñida de melancolía y honrada con lágrimas no solo por Groddeck, sino también por lo que cada uno de nosotros puede llegar a sentir respecto a cuanto de nuestra infancia nos despierta.

Dado que nos une nuestra admiración por Groddeck, espero que todos estemos preparados para hacernos eco del Conde Hermann Keyserling al rendirle homenaje como “al mago más grande entre los psicoanalistas y sin duda la personalidad humana más importante de todos”, aunque Keyserling no deja de agregar que Groddeck, como todos los analistas, era “un caso analítico no resuelto” (citado en Schacht, 1977, p. 21). Al regresar a Groddeck por primera vez desde la publicación de mi libro *Reading Psychoanalysis* (2002), deseo afirmar simultáneamente la inspiración que continúo derivando de su trabajo, especialmente *El Libro del Ello* (1923), mi primer encuentro con él, el cual, tal como le sucedió al propio Groddeck cuando descubrió el poder de los símbolos, me produjo “una intoxicación”... como nunca la he experimentado antes o después” (p.259), y para ofrecer algunas reflexiones sobre lo que ahora considero sus limitaciones, que vincularé con su condición de “un caso analítico no resuelto”. Propongo, por lo tanto, hablar primero de “la enseñanza de Groddeck” en el sentido laudatorio de lo que creo que es el valor incontestable de sus contribuciones, incluso cuando reconozco, en palabras de Martynkewicz (1997), la paradoja de que Groddeck buscaba evitar todo lo que uno podría llamar “un sistema o una enseñanza, que tuviese un contenido comunicable” (p.304) -antes de recurrir a “las lecciones de Groddeck” en el sentido cautelar de lo que podemos aprender al estudiar los puntos ciegos que debilitan su visión enormemente convincente del psicoanálisis y de hecho de la vida misma.

En su carta inicial a Freud del 27 de mayo de 1917, relatando lo que él llama “la historia de mi conversión” al psicoanálisis, Groddeck confiesa que su lectura de *Sobre la historia del movimiento psicoanalítico* lo ha llevado a “volverse dudoso de si me puedo incluir entre los psicoanalistas según su definición” (Giefer, 2008, p.48). Después de expresar la esperanza de que Freud estaría de acuerdo en que, más allá de su preocupación por las neurosis, el verdadero dominio del psicoanálisis es “la totalidad de la vida humana”, de lo cual se desprende que “en sí mismas no existen diferencias esenciales que puedan obligarnos a hacer un intento de psicoanálisis aquí y no allí”, reconoce nuevamente Groddeck, “Este es el punto en el que dudo si tengo el derecho de considerarme ante el público como psicoanalista o no” (pp. 49-50). En respuesta a esta apelación, Freud, el 5 de junio de 1917, señala que evidentemente estaría haciendo a Groddeck “un gran servicio” si lo desterraba al lugar “donde están Adler y Jung, entre otros”, pero que él “No puedo hacerlo”. Por el contrario, Freud continúa en un pasaje justamente famoso, “Debo reclamar sobre usted, debo afirmar que usted es un espléndido analista que ha captado inalterablemente la esencia del asunto [*Sache*]. Quien

reconoce que ‘la transferencia y la resistencia son los centros de tratamiento’ pertenece definitivamente a la horda salvaje. Si él también llama al “inconsciente”, el “Ello” no hace ninguna diferencia “(p. 59).

En consecuencia, desde el principio, la cuestión de quién es un psicoanalista se encuentra en el centro de la relación de Groddeck con Freud. Irónicamente, mientras que Freud rompió con Adler y Jung porque se negó a tolerar sus diferencias teóricas, insistió en que Groddeck era un “analista espléndido” a pesar de las dudas de Groddeck sobre si tenía derecho a llamarse así mismo con ese nombre. Freud parece haberse tranquilizado al leer la declaración de Groddeck de que el Ello “se encuentra en una conexión secreta con la sexualidad, con el Eros o con como fuese que uno lo quisiera llamar” (pp. 49-50), ya que fue la insistencia de Freud en la primacía de su teoría de la libido la que precipitó sus rupturas con los disidentes, Freud señala la transferencia y la resistencia como los “centros de tratamiento”, y ofrece su definición más amplia de lo que hace a un psicoanalista, según la cual no solo Groddeck sino también Adler y Jung continuarían calificando como tales, ya que ambos nunca desafiaron estos conceptos. Al elogiar a Groddeck por haber “comprendido la esencia del asunto”, Freud revisa su uso habitual de la palabra “Sache” para referirse al movimiento psicoanalítico en el sentido de una “causa” y lo despliega para referirse a los principios centrales del psicoanálisis; igualmente con la designación de sus seguidores como “la horda salvaje” invierte su descrédito habitual del “análisis salvaje” (Freud, 1910) para elevar el “salvajismo” a un atributo integral del espíritu psicoanalítico.

Por lo tanto, a través de su contacto con Groddeck, Freud se sintió impulsado a reafirmar la naturaleza radical de su descubrimiento de un inconsciente dinámico y a liberarse así mismo, al menos temporalmente, de su obsesión por la ortodoxia doctrinal y la lealtad política por la que traicionó los ideales más nobles del psicoanálisis. En vista de este estímulo por parte del maestro, no sorprende que Groddeck, en su primera aparición pública ante el mundo psicoanalítico en el Congreso de 1920 en La Haya, se haya presentado con las palabras: “Soy un analista salvaje”, para después abocarse a un libre monólogo asociativo que irritó a los conservadores mientras deleitaba a los progresistas, incluidos Ferenczi, Rank, Ernst Simmel y Karen Horney (Grossman y Grossman, 1965, pp. 96-97). Simmel, en su elogio de Groddeck en su sexagésimo cumpleaños, ahora hace noventa años, hizo lo mismo al aclamarlo como un analista salvaje, entre otras razones, porque “no debe su entrenamiento a nadie excepto a sí mismo” y porque su “naturaleza apasionada” lo convirtió en “un fanático en la causa de la curación” (Schacht, 1977, pp. 7-8), mientras Carl y Sylva Grossman titulaban apropiadamente su aun notablemente valiosa biografía de Groddeck *El Analista Profano*. Abrazando su rol como el Ello del psicoanálisis, Groddeck se comparó a sí mismo en una carta a Freud el 6 de agosto de 1921 con “un poco de pimienta que no debe despreciarse en absoluto” (Giefer, 2008, página 152; véase Poster, Hristeva, y Giefer, 2016), y, como Martynkewicz (1997) ha señalado, “buscó devolver la lanza” contra sus detractores cuando escribió en 1925: “Hasta donde sé, ninguno de los principales psicoanalistas ha sido entrenado de tal manera que pueda pretender hacer cualquier cosa que no sea analizar salvajemente “(p 311).

La insuperable capacidad de Groddeck para transmitir el poder revolucionario de las ideas de Freud y, por lo tanto, del psicoanálisis en su conjunto, otorga a sus escritos su fresca perenne. En cuanto a los conceptos entrelazados de transferencia y resistencia, por ejemplo, Groddeck (1926a) observa en su artículo sobre la función intestinal que “en la imagen que él se hace a sí mismo del doctor, el paciente busca y encuentra puntos de ventaja que hacen posible para él, bajo el amparo de similitudes y analogías reales o imaginarias, poder poner sobre los hombros del médico esa carga de culpabilidad que se está ejerciendo activamente sobre él y que está haciendo que su enfermedad sea necesaria para él” y dado que “la resistencia misma está incluida. . . en la transferencia” siempre que “surge un nuevo síntoma, estoy acostumbrado a hacerle dos preguntas al paciente: “¿Qué crees que yo he hecho mal?” y “¿Qué has hecho mal en mi contra?” (págs. 106-108). Como Groddeck demuestra repetidamente, todo lo que pasa por la mente -fechas, números, palabras, nombres- se convierte en un significante irradiado con significado y puede interpretarse al rastrear lo que Christopher Bollas (2007) llama la “lógica de secuencia” que emerge a través del proceso de la asociación libre. En su mejor momento, como en su trabajo sobre la función intestinal, Groddeck (1926a) es capaz no solo de relámpagos de brillantez sino también de sutiles discriminaciones: “El inconsciente es de hecho la fuente de mucha mentira consciente, pero nunca se miente a sí misma; simplemente se esconde, pero cuando habla, habla la verdad en toda ocasión y en cualquier condición” (p.108).

En ninguna parte se muestra el genio de Groddeck de forma más completa que en *El Libro del Ello*. Tan apasionadamente expone los fetiches de Freud de los complejos de Edipo y Castración y persigue su propia e incesante búsqueda de símbolos sexuales que, aunque ha adoptado el “giro relacional” en psicoanálisis y normalmente sería escéptico de estas formulaciones clásicas, no puede evitar caer bajo la influencia de su hechizo una vez más. Al proyectar su obra maestra en forma de cartas a una “amiga”, además, Groddeck (1923), a través de su personaje de Patrik Troll, no solo puede exponer sino también representar sus enseñanzas. Un ejemplo notable ocurre en la Carta 7 cuando interpreta la pérdida de su correspondiente de un anillo que le había dado su hermana fallecida y señala que, mientras que él había hablado en su carta anterior sobre transferencia, resistencia y simbolismo, ella había mencionado solo los dos primeros temas en su respuesta, pero pasó por alto el simbolismo, que había ilustrado igualando el anillo con “el órgano sexual femenino” (página 59), de modo que “en lugar de nombrar el símbolo en su carta, lo pierde en la forma de su anillo de topacio”, una parapraxis que atribuye a la probabilidad de que esta hermana haya iniciado a su encantadora dama en “la obra con el anillo de la mujer” y, por lo tanto, tuvo algo que ver con “aprender sobre la autosatisfacción” (p.72).

La respuesta de la amiga a la que se refiere Patrik Troll es puramente imaginaria, pero al hacer que su interlocutor cobre vida de esta manera, Groddeck convierte su texto en un verdadero diálogo entre el autor y el lector, así como todo tratamiento psicoanalítico es un encuentro entre dos subjetividades humanas. Mientras que en su interpretación del anillo como símbolo y del significado de la pérdida de su anillo por parte de la dama, Groddeck aparece en su calidad de analista aparentemente omnisciente que desenmascara las verdades ocultas del inconsciente, en un nivel más profundo. *El Libro del Ello* es una obra de autoanálisis en la que Groddeck es el paciente que permanece eternamente como un misterio para sí mismo. Al darse el seudónimo de Patrik Troll, Groddeck fusionó a Pat, su propio sobrenombre de niño, con Troll, su nombre favorito para Emmy von Voigt, la viuda sueca que se convirtió en su segunda esposa en 1923 y quien -junto con Freud y el anterior correspondiente de Groddeck y probablemente también parte de un interés romántico, Hanneliese Schumann-, debe ser considerada como uno de los modelos en la vida real para la amiga a la que fantaseaba dirigirse en sus cartas¹. “Patrik Troll” es al mismo tiempo Groddeck y Emmy, analista y paciente, y en esta combinación de roles Groddeck ejemplifica la reversión dialéctica que sufrió con su paciente Miss G., a quien atribuye haberlo encaminado a convertirse en psicoanalista. No solo era “una mujer seriamente enferma” en 1909 cuando él comenzó su tratamiento, él se describió a sí mismo como físicamente “quebrado” y posteriormente uno de sus críticos le dijo que estaba “histérico” (página 264) en ese tiempo. En el curso de su trabajo con la señorita G., como informa en la carta 30, “se enfrentó de pronto al extraño hecho de que no estaba tratando al paciente, sino que el paciente me estaba tratando; o, para traducirlo en mi propio lenguaje, el Ello de este ser querido estaba tratando de transformar mi Ello, de hecho, lo transformó de tal manera que llegó a ser útil para esos propósitos” (p.267).

Al aceptar el diagnóstico retrospectivo de sí mismo como histérico, Groddeck testifica que él “estaba cada vez más convencido de su claridad porque había sido formulada sin ningún conocimiento personal, sino únicamente por la impresión que daban mis escritos” (p.264). Al consultar tanto la biografía de los Grossmans (1965) como la de Baedeker, podemos observar que su vida estuvo determinada por los siguientes eventos: la ausencia de una nodriza durante varios días después de su nacimiento (página 17); su hermana precedente Lina y la posición privilegiada que ella tenía en la familia debido a sus enfermedades (página 18); la depresión de su madre después de la muerte de su padre, el eminente pedagogo August Koberstein, en cuyo recuerdo llevaba un vestido negro por el resto de sus días (p.20); la desconsideración de su madre por su padre, a lo cual la familia de su padre correspondió creyendo que había sido indigno que él se casara (p.22); haber sido vestido con ropa de niña y ser enviada a una escuela para niñas hasta la edad de nueve años (página 22); haber sido desarraigado de su familia a los doce años y despachado a Pforta, el internado de élite donde su abuelo había sido director y donde el joven Georg era un “crónico enfadado”

1.- Martynkewicz (1997) parece tener ciertas dudas sobre la identidad de Emmy von Voigt como “la modelo real” (p.293) para esta amiga, con el argumento de que ella estaba traduciendo la *Psicopatología de la vida Cotidiana* de Freud al sueco y que ya estaba familiarizada con los conceptos psicoanalíticos, pero esto no parece hacer menos posible que Groddeck la haya tenido a ella en mente, tanto como haber tenido en mente a Freud, como destinatario de estas cartas.

(p.24) y haber sido repetidamente golpeado hasta su graduación (p.26); la ruina financiera de su familia y el traslado desde la ciudad balneario de Bad Kösen a Berlín cuando tenía quince años (página 27); contraer la escarlatina a los dieciséis años (página 28); la agonizante muerte de su padre a los dieciocho años (página 33); ser reclutado en el ejército durante ocho años como recompensa por su educación médica (página 39); la muerte de su madre en 1892 cuando tenía veintiséis años (página 40); y la muerte de Lina en 1903 (página 51) seguida por la de sus tres hermanos mayores Wolf en 1906 (página 51), Karl en 1909 (página 52) y Hans en 1914 (página 63), dejándolo, como le escribió a Freud el 6 de agosto de 1921, “el único miembro superviviente de mi familia” (Giefer, 2008, p.135)

Esta lista de desgracias no pretende ser exhaustiva, pero creo que es suficiente para establecer que Georg Groddeck era un individuo severamente traumatizado. Cuando alude en *El libro del Ello* (1923) a “la soledad inconsolable de mis años escolares” y afirma que “no sabe prácticamente nada más de ese tiempo entre las edades de doce y diecisiete años, excepto que tuve que pasarlos separados de mi madre” (pp. 96-97), esta supuesta amnesia no es un olvido ordinario, sino más bien debido a su necesidad de reprimir los recuerdos de experiencias extremadamente dolorosas. Tal vez la prueba más dramática del impacto de los traumas de Groddeck se encuentra en la Carta 25, donde analiza su hábito de expresar su disgusto diciendo: “Ya te dije eso 26,783 veces” (p.218). Groddeck señala primero que tenía veintiséis años cuando murió su madre, luego que sus padres tenían veintiséis cuando se casaron y que su padre nació en 1826, lo que hace significativo que los últimos tres números: siete, ocho y tres - sume hasta dieciocho. Si multiplicas los dos números iniciales por los siguientes seis más siete, nuevamente obtienes veintiséis, tal como lo haces si agregas los mismos dos al último ocho por tres. El propio Groddeck, además, nació el 13/10/66, y si sumas de trece a uno más cero a seis más seis, he aquí que vuelves a llegar al mágico veintiséis.

Pero esto es solo el comienzo de la numerotecnia de Groddeck. Después de haber separado los dos números iniciales en sus operaciones anteriores, ahora lo deja de lado y combina los números restantes para hacer sesenta y siete, setenta y ocho y ochenta y tres, que interpreta de la siguiente manera: “Sesenta y siete era la edad de mi madre” cuando murió. Setenta y ocho es el número del año en que tuve que dejar la casa de mis padres para mudarme al dormitorio de la escuela. En el año ochenta y tres, mi antiguo hogar se perdió para siempre, ya que en ese año mis padres abandonaron el pueblo de mi nacimiento y se mudaron a Berlín (p.219). También en 1883, Groddeck informa haber sido informado por un compañero de estudios en Pforta, “Si te sigues masturbando así, entonces pronto estarás totalmente loco; ya estás medio loco como eres” (p.219). Poco después de ser públicamente humillado, Groddeck “se enfermó de escarlatina, después de lo cual le apareció una infección renal”, los contratiempos que hicieron que el año ochenta y tres “correspondiese a su prominente posición como las figuras finales del misterio número 26.783, se impusieron como especialmente importante también en mi vida externa” (p.220).

Dado que estas eran las asociaciones propias de Groddeck, él de ninguna manera dudaba de su validez ni cuestionaba el determinismo psíquico que gobernaba su afición por el número 26.783. Mi punto de vista es que Groddeck a través de la numerología se permitía desplegar una línea roja sobre su traumática historia y que lo hacía sin darse cuenta. Por lo tanto, al subrayar lo cierto de la observación de Keyserling, acerca de que Groddeck mismo “era un caso analítico sin resolver”, esta pieza extremadamente intensa de autoanálisis me trae a la mente una reflexión sobre los puntos ciegos que limitaban su visión.

En la valoración de las limitaciones de Groddeck, yo comienzo, dejando de lado cualquier posible acusación de su racismo y antisemitismo, pues no veo ninguna evidencia de estas degradaciones en sus escritos psicoanalíticos, o de su sexismo, que no sea peor que cualquiera de las que fuera pronunciada en Freud. EL problema más fundamental es aquello que Martynkewicz (1997) ha caracterizado como el “profundamente arraigado anti modernismo” de Groddeck (página 147) que “lo separaba de la aspiración de la Ilustración del psicoanálisis” (p.10). En un contexto psicoanalítico, este modelo de la mente se manifiesta por la ausencia de Groddeck de cualquier teoría del trauma, como Ferenczi (espoleado por Elizabeth Severn). Porque si hay un tema que Groddeck nunca se cansa de reiterar es, como dice en la Carta 31 de *El libro del Ello* (1923), que mientras que uno pueda “encontrar una causa externa e interna para los acontecimientos de la vida” el mismo había “estado cada vez más y más tentado de buscar la causa interna” hasta el punto en que su “arrogancia Troll” lo lleva a discernir no solo dentro de sí mismo sino también entre otras personas” un Ello, un Dios, a quien podría responsabilizarse de todo,” para que él mantenga: “La enfermedad no viene

desde el exterior; un hombre la crea él mismo, usa el mundo exterior simplemente como un instrumento para enfermarse “(página 275).

La negación de Groddeck de las causas externas parece requerir cierta calificación a la luz de una serie de declaraciones relativas a la relación madre-hijo. “si nada va mal con el bebé” escribe él en “El Cuerpo Intermediado” (1933), la primera pregunta debería ser, “¿Qué anda mal con la madre?”“(p. 74). Él agrega en “Función intestinal” (1926a): “Quien quiera que sea médico de niños debería estar bien aconsejados. . . para observar cuidadosamente dentro de las condiciones del entorno del niño.

Pero, sobre todo, poseer el valor de tratar las actitudes mentales de la madre, ya que casi todas las quejas infantiles son actos de venganza contra la madre” (página 87). Estos dos comentarios podrían haber sido escritos por Winnicott, al igual que su otra declaración posterior en el mismo documento: “He hecho una práctica el estudio del inconsciente de la madre cada vez que se altera la salud de un bebé” (página 91)

El Groddeck que aparece aquí es un brillante teórico de las relaciones objetales, del mismo modo que su reconocimiento premonitorio de la naturaleza bidireccional de la relación analítica lo convierte en un terapeuta relacional. El problema, sin embargo, es que estos conocimientos teóricos no están integrados en el marco más amplio del pensamiento de Groddeck, que gira en torno a su negación de las causas externas e incluso de la realidad externa junto con su deseo de hacer que el Ello sea “responsable de todo”. Como el comenta en un artículo (1927) sobre el Fausto de Goethe, “nunca es lo externo realmente real.... Es el inconsciente lo que es real “(p.196), y nuevamente en “El Ello en la Ciencia, Arte e Industria” (1926b), “El hombre no es de ninguna manera la creación de su entorno; sino por el contrario, él crea su propio mundo para sí mismo; todo lo que se encuentra fuera de su personalidad no tiene existencia” (p.153). Estas afirmaciones no solo contradicen sus afirmaciones sobre la relación madre-hijo, sino que pasan por alto el punto crucial, que no es menos integral en el concepto de carácter social de Fromm que en las perspectivas de Winnicott y Ferenczi, sobre que lo que echa raíces en el inconsciente no es de ninguna manera puramente endógeno e instintivo, sino que está moldeado desde el principio por influencias ambientales, desde las interacciones entre la madre (u otro cuidador primario) y el bebé hasta las fuerzas de riqueza y poder que circulan en cualquier sociedad dada y han llevado al planeta en su conjunto al borde de la catástrofe, ya sea en la forma de una extinción nuclear o en masa de especies a través de la destrucción de nuestro mundo natural.²

En gran medida, por lo tanto, lo que falta en el sistema de Groddeck es una apreciación adecuada del papel del trauma en la etiología de la enfermedad mental, a pesar de la medida en que fue traumatizado en su propia vida. Este alejamiento de la realidad externa es una versión más extrema de lo que encontramos en Freud después de su abandono de la llamada “teoría de la seducción” en 1897. Imbuido totalmente en el espíritu de Freud, Groddeck escribe: “Las neurosis sexuales son debidas, no a los traumas en la infancia, sino al conflicto creado por la mentira consciente del niño, que es consciente de que ha participado en el trauma “(1951, p.124). Groddeck niega que las neurosis sean causadas por traumas y en su lugar elige culpar al niño por ser abusado por un perpetrador presumiblemente adulto. En el mismo sentido, Groddeck afirma en *El Libro del Ello* (1923) que es “completamente imposible para un hombre tomar a una mujer si ella no está, de alguna manera u otra, de acuerdo” (página 38), abogando así por la abolición de la violación como una ofensa criminal, e igualmente insiste en que “el niño quiere ser golpeado, lo anhela, jadea por una paliza, como mi padre decía” (p.111), ya que él mismo había sido golpeado por sus transgresiones en Pforta y, al parecer, también por su padre en casa.

Groddeck no solo se enfoca exclusivamente en las causas internas y se niega a dar el peso debido a los factores ambientales a pesar de haber sido repetidamente traumatizado en su propia vida, sino que este punto ciego en su visión se puede entender analíticamente como resultado de estos mismos traumas. Como es bien sabido, es común que las víctimas de abuso participen en lo que Ferenczi (1933) denominó “introyección del agresor” (página 162), de modo que el niño internaliza los sentimientos de culpa del adulto y se juzga

2.- A pesar de las divergencias con sus puntos de vista, Fromm escribió sobre Groddeck en una carta de 1957 a Sylva Grossman, “Incluso si nunca fui su alumno en ningún sentido técnico, su enseñanza me influenció más que la de otros maestros que tuve” (citado en Funk, 1999, p. 62).

a sí mismo en palabras de Groddeck como siendo “responsable de todo”. Visto desde esta perspectiva, la teoría de Groddeck sobre la omnipotencia divina del Ello viene a ser como una formación compensatoria que le permite negar la dolorosa realidad de sus traumas y, en su lugar, convencerse a sí mismo de que él debe haber “temblado” por los golpes y “añorado” por ser enviado a un internado, por su escarlatina, por la muerte de cada miembro de su familia, etc. De manera similar, cuando Groddeck describe en *El libro del Ello* (1923) cómo él requiere “este amor artificial, este aislamiento porque estoy centrado en mí mismo y me amo a mí mismo en un grado totalmente inmoderado, debido a que tengo aquello que llaman narcisismo”, la grandiosidad que le hace decir: “primero soy yo, luego soy yo de nuevo, luego nada es para siempre, y solo entonces están las otras personas” (p.231), es también una formación compensatoria que enmascara una falta subyacente de un genuino sentido de autoestima debido a que no se le ha amado incondicionalmente o no se le ha permitido formar vínculos suficientemente seguros con sus padres durante la infancia.

Groddeck habla de sí mismo con asombrosa franqueza, revelando lo que para mucha gente serían secretos vergonzosos con respecto a su enuresis en la adolescencia y su notoriedad como masturbador, por ejemplo, sin aparentes inhibiciones. Pero Groddeck no considera estos comportamientos como síntomas ni intenta explicar su significado a la luz de sus propias experiencias, del mismo modo como no reconoce que sus asociaciones con el número 26.783 llevan a memorias traumáticas. Otro dato curioso, como señalan Grossman y Grossman (1965), es que Groddeck, comenzó sus dieciocho años con la abrupta pérdida de su padre, “no respondió a la muerte con dolor” (página 34). Como el intenta convencer al lector en *El libro del Ello* (1923), “¿alguna vez has visto llorar a un niño por una persona?... ¿Pero por qué, entonces, la gente llora por todo un año? Parcialmente debido a otras personas, pero, sobre todo, en orden -a la manera de los fariseos- a presumir de sí mismas, para engañarse a sí mismas” (p.170). Desde el punto de vista de la teoría del apego de Bowlby, es posible ver la ausencia de tristeza y la burla del duelo de Groddeck como otro síntoma más de su incapacidad para llegar a un acuerdo con sus experiencias repetidas de abandono y duelo.

La ausencia de dolor no es la única omisión visible en la vida y el trabajo de Groddeck. En ningún caso, a mi entender, menciona su divorcio en 1914 de su primera esposa, Else von der Goltz, que sufría de depresión, lo que significaba también estar separado de sus hijos Joachim y la extremadamente trastornada Úrsula, de quien su padrastro devoto. Tampoco reconoce la trágica historia de Bárbara, su única hija biológica, que también dejó de vivir con él después del divorcio de Else y nunca fue capaz de sostener una existencia independiente, estando tan paralizado por la ansiedad, como los Grossmans (1957) cuentan, que incluso cuando “ya había crecido del todo, no se atrevía a bajar un tramo de escaleras sin aferrarse de la mano de su madre” (p.43).³ Y mientras Groddeck habla con entusiasmo sobre ser el menor de cinco hermanos, solo en la biografía de Martynkewicz (1997) nos enteramos de que él era en realidad el sexto Groddeck ya que había existido una hija primogénita que murió después de solo un mes de nacer, después de lo cual “la madre se recuperó solo después de unos meses de una enfermedad” (p.26). El tema de la sustitución viene a consumar dicha expresión con la llegada de Ferenczi a Baden-Baden como sustituto de Freud, se ciernen sobre Groddeck desde antes de su nacimiento, mientras que las heridas dejadas por sus desilusiones con su primera esposa y especialmente con su hija deben haber sido demasiado dolorosas como para que él estuviese preparado para exponerlas a la mirada del público lector.

Estas, son entonces, las lecciones que creo que podemos aprender de Groddeck al contemplar la unilateralidad en su visión del mundo. La crítica que podría ofrecer su rechazo de la ciencia y el diagnóstico médico -la noción, tal como dice en *El libro del Ello* (1923), de que “cada tratamiento de un enfermo es el correcto, él está siempre y bajo de todas las circunstancias correctamente tratado, ya sea de acuerdo con el método de la ciencia o con el método del pastor sanador” (p.264)-, proviene del rechazo de la realidad externa en el plano de la teoría que es paradójicamente una consecuencia de los traumas que experimentó en su vida. Dado que, como reconoció Groddeck, “la verdad siempre es ambivalente, ambas partes son ciertas” (1951, p.261), lo que se requiere es una perspectiva dialéctica genuina que sintetice la visión romántica de Groddeck con el compromiso de Freud con el legado de la Ilustración. Del mismo modo que Groddeck reverenciaba a Freud, “quien con cuatro líneas de escritura podía crear todo un mundo, y luego,

3.- Según Martynkewicz (1997), “a la edad de cuarenta y ocho años, Barbara Groddeck llegó como inválida a un asilo de ancianos municipal en Baden-Baden, donde murió el 7 de agosto de 1957” (p.160).

en tres más, reírse de sus propias palabras con semejante ironía divina” (1926c, p.120), así también sigo amando a Groddeck por su grandeza como hombre y para honrar el valor perdurable de sus contribuciones al psicoanálisis. El equilibrio perfecto fue alcanzado por Ferenczi cuando escribió en el libro de visitas de Groddeck después de su primera visita a Baden-Baden en 1921: “Vino a enseñar, era instruido; estaba totalmente herido, fue medio converso” (citado en Martynkewicz, 1997, p 284).

REFERENCES.

- Bollas, Christopher. 2007. *The Freudian Moment*. London: Karnac.
- Ferenczi, Sándor. 1933. *The Confusion of Tongues between Adults and the Child: The Language of Tenderness and Passion*. In *Final Contributions to the Problems and Methods of Psycho-Analysis*. Ed. Michael Balint. Trans. Eric Mosbacher et al. New York: Brunner/Mazel, 1980, pp. 156-67.
- Freud, Sigmund. 1910. “Wild” Psycho-Analysis. In *The Standard Edition of the Complete Psychological Works*. Ed. and trans. James Strachey et al. 24 vols. London: Hogarth Press, 1953-1974. 11:221-27.
- Funk, Rainer. 1999. *Erich Fromm: His Life and Ideas. An Illustrated Biography*. Trans. Ian Portman and Manuela Kunzel. New York: Continuum, 2000.
- Giefer, Michael, ed. 2008. *Briefwechsel Sigmund Freud—Georg Groddeck*. In collaboration with Beate Schuh. Frankfurt/Basel: Stroemfeld.
- Groddeck, Georg. 1923. *Das Buch vom Es: Psychoanalytische Briefe an eine Freundin*. Ed. Samuel Müller in Verbindung mit Wolfram Groddeck. 2004 Frankfurt / Basel: Stroemfeld.
- _____ 1925. Birthdays. In Groddeck 1949, pp. 13-19.
- _____ 1926a. Bowel Function. In Groddeck 1949, pp. 81-110.
- _____ 1926b. The It in Science, Art and Industry. In *The Unknown Self*. Trans. V. M. E. Collins. London: Vision Press, 1989, pp. 147-64.
- _____ 1926c. Speech. In Groddeck 1949, pp. 118-25.
- _____ 1927. Goethe’s Faust. In Groddeck 1949, pp. 179-207.
- _____ 1933. The Body’s Middleman. In Groddeck 1949, pp. 53-81.
- _____ 1949. *Exploring the Unconscious*. Trans. V. M. E. Collins. London: Vision Press, 1989.
- _____ 1951. *The World of Man*. Trans. V. M. E. Collins. London: Vision Press, 1967.
- Grossman, Carl M., and Sylva Grossman. 1965. *The Wild Analyst: The Life and Work of Georg Groddeck*. New York: Braziller.
- Martynkewicz, Wolfgang. 1997. *Georg Groddeck: Eine Biographie*. Frankfurt: Fischer.
- Poster, Mark F., Galina Hristeva, and Michael Giefer. 2016. Georg Groddeck: The “Pinch of Pepper” of Psychoanalysis. *American Journal of Psychoanalysis*, 76:161-82.
- Rudnytsky, Peter L. 2002. *Reading Psychoanalysis: Freud, Rank, Ferenczi, Groddeck*. Ithaca, N.Y.: Cornell University Press.
- Schacht, Lore, ed. 1977. *The Meaning of Illness: Selected Psychoanalytic Writings, by Georg Groddeck*. Trans. Gertrud Mander. London: Maresfield Library, 1988

Publicado en:

http://www.georg-groddeck.de/allg/pdf/GG150_Rudnytsky_en.pdf

Volver a Bibliografía Georg Groddeck
Volver a News 7-ex-61